

An impressionist painting of a crowded ballroom. In the foreground, a woman in a dark, low-cut dress with a light-colored shawl is seen from the back, looking towards the center. To her right, a man in a light suit and hat stands near a woman in a light-colored, ruffled dress who is holding a fan. The background is filled with other figures in period clothing, and the scene is lit with warm, golden light, suggesting a festive atmosphere. The painting style is characteristic of the Impressionist movement, with visible brushstrokes and a focus on light and color.

Kate Chopin

En el Baile Cadiano

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EN EL BAILE CADIANO

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EN EL BAILE CADIANO

Bobinôt, ese Bobinôt grande, moreno y bonachón, no tenía intención de ir al baile, aunque sabía que Calixta estaría allí. ¿Pues qué sacaba uno de esos bailes salvo pena de corazón y una desgana enfermiza para trabajar durante toda la semana, hasta que volvía a llegar el sábado por la noche y sus tormentos comenzaban de nuevo? ¿Por qué no podía enamorarse de Ozéina, que se casaría con él mañana mismo, o de Fronie, o de cualquiera de entre una docena de chicas más, en lugar de esa pequeña zorra española? El pie delgado de Calixta jamás había pisado tierra cubana; pero el de su madre sí, y lo español le corría por las venas de todos modos. Por eso la gente de la pradera le perdonaba muchas cosas que no habrían tolerado en sus propias hijas o hermanas.

Sus ojos —Bobinôt pensaba en sus ojos y flaqueaba—, los más azules, los más soñolientos, los más tentadores que jamás habían mirado a un hombre; pensaba en su pelo rubio pajizo que se rizaba junto a la cabeza peor que el de un mulato; en esa boca ancha y sonriente y esa nariz respingona, en esa figura generosa; en esa voz como una rica canción de contralto, con cadencias que solo podía haberle enseñado Satanás, pues no había nadie más en aquella pradera cadiana que pudiera haberle enseñado esas artes. Bobinôt pensaba en todo eso mientras labraba sus surcos de caña.

El año anterior incluso había corrido un rumor escandaloso sobre ella, cuando fue a Assumption, pero ¿para qué hablar de eso? Ya nadie lo hacía. *C'est Espagnol, ça*, decía la mayoría con un encogimiento de hombros indulgente. *Bon chien tient de race*, murmuraban los viejos sobre sus pipas, removidos por recuerdos. No se hizo nada al respecto, salvo que Fronie se

lo echó en cara a Calixta cuando las dos riñeron y se pelearon en las escaleras de la iglesia un domingo después de misa, a causa de un pretendiente. Calixta juró en redondo con puro francés cadiano y verdadero espíritu español, y le dio una bofetada a Fronie. Fronie se la devolvió; *Tiens, bocotte, va! Espèce de lionnèse; prends ça, et ça!*, hasta que el propio cura se vio obligado a intervenir para hacer las paces entre ellas. Bobinôt pensaba en todo eso, y no iría al baile.

Pero aquella tarde, en la tienda de Friedheimer, donde estaba comprando una cadena de tiro, oyó decir a alguien que Alcée Laballière estaría allí. Entonces ni caballos desbocados habrían podido retenerle. Sabía cómo sería —o más bien no sabía cómo sería— si el apuesto joven hacendado se pasaba por el baile como hacía a veces. Si a Alcée le daba por estar de humor serio, tal vez solo iría a la sala de cartas a jugar alguna mano; o se quedaría en las galerías hablando de cosechas y política con los mayores. Pero era imposible saberlo. Un par de tragos podían meterle al diablo en la cabeza —eso se dijo Bobinôt a sí mismo mientras se limpiaba el sudor de la frente con su pañuelo rojo—; un destello en los ojos de Calixta, un fogonazo de su tobillo, un giro de sus faldas podían hacer lo mismo. Sí, Bobinôt iría al baile.

* * * * *

Ese fue el año en que Alcée Laballière sembró novecientas acres de arroz. Era mucho dinero que meter en la tierra, pero la cosecha prometía ser espléndida. La vieja madame Laballière, que paseaba por las amplias galerías con su *volante* blanca, lo calculaba todo mentalmente. Clarisse, su ahijada, le ayudaba un poco, y juntas construyeron más castillos en el aire de los que hacía falta. Alcée trabajó como un mulo durante ese tiempo; y si no se mató, fue porque su constitución era de hierro. Era algo cotidiano para él llegar del campo casi agotado y mojado hasta la cintura. No le importaba si había visitas; las dejaba en manos de su madre y de Clarisse. A menudo había huéspedes: jóvenes y señoritas que subían desde la ciudad, que no quedaba sino a unas pocas horas, para visitar a su bella parienta. Bien valía la pena recorrer mucho más que eso para verla. Delicada como un lirio; resistente como un girasol; esbelta, alta, grácil, como una de las cañas que crecían en el pantano. Fría y amable y cruel por turnos, y todo cuanto podía exasperar a Alcée.

Con frecuencia le habría gustado limpiar la casa de aquellas visitas. De los hombres, sobre todo, con sus modales y sus maneras; con ese abanicarse como mujeres y ese pavonearse en torno a las hamacas. Habría podido tirarlos por encima del dique al río, de no haber sido un asesinato. Eso era Alcée. Pero debía de estar loco el día que llegó del arrozal y, cubierto como estaba de sudor y polvo, agarró a Clarisse por los brazos y le descargó en la cara una ráfaga de ardientes y abrasadoras palabras de amor. Ningún hombre le había hablado de amor de aquel modo.

—¡Monsieur! —exclamó ella, mirándole fijamente a los ojos, sin un temblor. Las manos de Alcée cayeron y su mirada vaciló ante la frialdad de aquellos ojos serenos y claros.

—*Par exemple!* —murmuró ella con desdén, mientras se alejaba de él y recomponía con destreza el cuidado arreglo que él había desbaratado tan brutalmente.

Eso ocurrió uno o dos días antes de que llegara el ciclón que segó el arroz como acero fino. Fue algo terrible, que llegó tan de repente, sin un momento de aviso para encender un cirio bendito o quemar un ramo de palma bendecida. La vieja madame lloró abiertamente y rezó el rosario, tal como habría hecho su hijo Didier, el de Nueva Orleans. Si algo así le hubiera pasado a Alphonse, el Laballière que cultivaba algodón allá en Natchitoches, habría vociferado y despotricado como un segundo ciclón, dejando su entorno insostenible durante uno o dos días. Pero Alcée encajó la desgracia de otro modo. Quedó pálido y demacrado después, y no dijo nada. Su mutismo resultaba aterrador. El corazón de Clarisse se fundió de ternura; pero cuando le ofreció sus suaves y reconfortantes palabras de condolencia, él las recibió con muda indiferencia. Entonces ella y su *nénaine* volvieron a llorar entre los brazos la una de la otra.

Una noche o dos después, cuando Clarisse fue a su ventana a arrodillarse allí a la luz de la luna y rezar antes de acostarse, vio que Bruce, el criado negro de Alcée, había llevado en silencio el caballo de montar de su amo por el borde del césped que bordeaba el camino de grava, y estaba allí parado sosteniéndolo. Enseguida oyó que Alcée salía de su habitación, que estaba justo debajo de la suya, y atravesaba el pórtico de abajo. Cuando emergió de las sombras y cruzó la franja de luz lunar, vio que llevaba un par de alforjas bien llenas que en seguida echó sobre el lomo del animal. No tardó

nada en montar y, tras intercambiar unas breves palabras con Bruce, se alejó al galope sin tomar ninguna precaución para evitar la ruidosa grava, como sí había hecho el negro.

Clarisse nunca había sospechado que pudiera ser costumbre de Alcée salir de la plantación a escondidas, y a semejante hora; pues era casi medianoche. Y de no haber sido por las delatoras alforjas, se habría limitado a meterse en la cama, a preguntarse, a angustiarse y a tener sueños desagradables. Pero su impaciencia y su ansiedad no podían contenerse. Descorriendo apresuradamente el cerrojo de los postigos de su puerta que daba a la galería, salió fuera y llamó en voz baja al viejo negro.

—¡Dios mío! Señorita Clarisse. No estaba seguro de si era un fantasma o qué, de pie ahí arriba, en plena noche, así como así.

Subió a medias la larga y ancha escalinata. Ella estaba arriba.

—Bruce, ¿adónde ha ido el señor Alcée? —preguntó.

—Pues, se ha ido a sus asuntos, creo yo —respondió Bruce, esforzándose por no comprometerse desde el principio.

—¿Adónde ha ido el señor Alcée? —repitió ella, golpeando el suelo con su pie descalzo—. No voy a aguantar tonterías ni mentiras; eso que quede claro, Bruce.

—Yo no creo haberle mentado nunca hasta ahora, señorita Clarisse. El señor Alcée está muy mal, la verdad.

—¿Adónde —ha— ido? *Ah, Sainte Vierge! faut de la patience! butor, va!*

—Cuando estaba en su cuarto cepillándole la ropa hoy —empezó el negro, apoyándose en la barandilla de la escalera—, le vi tan callado y alicaído que le dije: «Parece usted alguien que va a ponerse enfermo, señor Alcée». Él dijo: «¿Eso le parece?». Entonces se levantó, fue a mirarse fijamente al espejo. Luego fue a la chimenea y cogió el frasco de quinina y se echó una buena dosis en la palma de la mano. Y se tragó aquello en un santiamén, y lo bajó con un buen trago de whisky que guardaba en su cuarto para cuando volvía empapado del campo.

—Dice: «No, no voy a enfermar, Bruce». Luego se cuadró. Dice: «Yo puedo aguantar mano a mano con cualquier hombre que conozco, salvo con John L. Sullivan. Pero cuando Dios Todopoderoso y una mujer se juntan

contra mí, eso ya es demasiado para mí». Yo le dije: «Así es», mientras hacía como que cepillaba una mancha que no estaba en el cuello de su chaqueta. Le dije: «Necesita descansar un poco, señor». Él dice: «No, necesito un poco de juerga; eso es lo que necesito, y voy a tenerla. Métame un puñado de ropa en esas alforjas». Eso fue lo que dijo. No se preocupe, señorita. Se ha ido allá al baile cadiano. ¡Uy, uy, los mosquitos están que pican como abejas alrededor de sus pies!

Los mosquitos atacaban en efecto con saña los pies blancos de Clarisse. Sin darse cuenta, había estado frotándose un pie contra el otro durante el relato del negro.

—El baile cadiano —repitió ella con desprecio—. ¡Vaya! *¡Par exemple!* Bonita conducta para un Laballière. ¡Y encima necesita unas alforjas llenas de ropa para ir al baile cadiano!

—Ah, señorita Clarisse, váyase a la cama, niña; que descanse bien. Él dijo que volvería en un par de semanas o así. Yo no puedo andar repitiendo todo lo que dicen los jóvenes, aquí delante de una jovencita.

Clarisse no dijo nada más, sino que se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa bruscamente.

—Ya has hablado demasiado con esa boca tuya, viejo tonto —murmuró Bruce para sí mientras se alejaba.

* * * * *

Alcée llegó al baile muy tarde, claro está —demasiado tarde para el gumbo de pollo que se había servido a medianoche.

La sala grande de techo bajo —la llamaban el salón— estaba abarrotada de hombres y mujeres que bailaban al son de tres violines. Había amplias galerías a todo alrededor. A un lado había una habitación donde unos hombres de semblante serio jugaban a las cartas. Otra, en la que dormían los bebés, se llamaba *le parc aux petits*. Cualquiera persona blanca puede ir a un baile cadiano, pero debe pagar su limonada, su café y su gumbo de pollo. Y debe comportarse como un cadiano. Grosbœuf era quien daba ese baile. Lo venía haciendo desde que era joven, y ahora era ya de mediana edad. En todo ese tiempo solo recordaba un altercado, provocado por unos ferroviarios americanos que no encajaban en el ambiente y no tenían nada que hacer allí. *Ces maudits gens du raiderode*, los llamaba Grosbœuf.

La presencia de Alcée Laballière en el baile causó un revuelo incluso entre los hombres, quienes no podían sino admirar su «valor» después de semejante infortunio. Ciertamente sabían que los Laballière eran ricos —que tenían recursos al Este, y más aún en la ciudad—. Pero sentían que hacía falta ser un valiente *homme* para encajar un golpe así con tanta filosofía. Un viejo caballero que tenía por costumbre leer un periódico de París y sabía de esas cosas, fue diciendo alegremente a todo el mundo que la actitud de Alcée era de lo más *chic, mais chic*. Que tenía más *panache* que Boulanger. Bueno, quizás sí.

Pero lo que no dejaba traslucir hacia fuera era que esa noche estaba con ganas de hacer alguna barbaridad. Solo el pobre Bobinôt lo intuía vagamente. Alcanzó a ver un destello de ello en los hermosos ojos de Alcée, mientras el joven hacendado estaba de pie en el umbral, mirando con una mirada un tanto febril a la concurrencia, al tiempo que reía y conversaba con un granjero cadiano que estaba a su lado.

El propio Bobinôt era de aspecto apagado y torpe. La mayoría de los hombres también. Pero las jóvenes eran muy hermosas. Los ojos que cruzaban su mirada con la de Alcée al pasar eran grandes, oscuros, suaves como los de las novillas jóvenes que pastaban en la fresca hierba de la pradera.

Pero la reina era Calixta. Su vestido blanco no era ni mucho menos tan elegante o bien confeccionado como el de Fronie (ella y Fronie habían olvidado por completo la batalla en las escaleras de la iglesia, y volvían a ser amigas), ni sus zapatillas eran tan a la moda como las de Ozéina; y se abanicaba con un pañuelo, pues había roto su abanico rojo en el último baile y sus tías y tíos no estaban dispuestos a darle otro. Pero todos los hombres coincidían en que esa noche estaba en su mejor momento. ¡Qué animación, qué desparpajo, qué chispas de ingenio!

—¡Eh, Bobinôt! ¿Pero qué te pasa? ¿Qué haces ahí parado *planté là* como la vaca de la vieja madame Tina en el barrizal?

Eso estuvo bien. Fue un golpe certero contra Bobinôt, que se había olvidado de la figura del baile con la cabeza en otras cosas, y suscitó una carcajada general a su costa. Él se sumó con buen humor. Más valía recibir una atención como esa de parte de Calixta que ninguna en absoluto. Pero madame Suzonne, sentada en un rincón, cuchicheó a su vecina que si Ozéina se comportara de semejante manera, habría que sacarla de inmediato al carro

de mulas y llevarla a casa. A las mujeres no siempre les hacía gracia Calixta.

De vez en cuando había breves pausas en el baile, cuando las parejas salían en tropel a las galerías para tomar el fresco un momento. La luna había bajado pálida hacia el oeste, y al este aún no había señal de que amaneciera. Después de uno de esos intervalos, cuando los bailarines volvieron a reunirse para retomar la cuadrilla interrumpida, Calixta no estaba entre ellos.

Estaba sentada en un banco a la sombra, con Alcée a su lado. Se estaban comportando como dos tontos. Él había intentado quitarle un anillo de oro del dedo; solo por diversión, pues no habría podido hacer nada con el anillo más que devolvérselo. Pero ella cerró la mano con fuerza. Él fingió que abrísela era muy difícil. Luego se quedó con la mano en la suya. Parecieron olvidarse del asunto. Él jugueteó con su pendiente, una fina medialuna de oro que colgaba de su pequeña oreja morena. Cogió un mechón del rizado cabello que se había escapado de su recogido, y frotó las puntas contra su mejilla afeitada.

—¿Sabes?, el año pasado en Assumption, Calixta... —Pertenecían a la generación más joven, así que preferían hablar en inglés.

—No me hables de Assumption, M'sieur Alcée. Estoy hasta la coronilla de oír hablar de Assumption.

—Sí, ya sé. ¡Qué idiotas! Porque tú estabas en Assumption, y yo resulta que también fui a Assumption, tenían que decir que fuimos juntos. Pero estuvo bien, ¿*hein*, Calixta?, ¿en Assumption?

Vieron a Bobinôt salir del salón y quedarse un momento de pie ante la puerta iluminada, mirando con inquieta atención hacia la oscuridad. No los vio, y volvió despacio adentro.

—Ahí está Bobinôt buscándote. Vas a volver loco al pobre Bobinôt. Te casarás con él algún día; ¿*hein*, Calixta?

—No digo que no —respondió ella, intentando retirar la mano, que él sujetó con más firmeza ante el intento.

—Pero venga, Calixta; ya sabes que dijiste que volverías a Assumption, solo para darles en las narices.

—Yo nunca dije eso. Debes de haberlo soñado.

— Ah, creía que sí. Sabes que me voy a la ciudad.

— ¿Cuándo?

— Esta noche.

— Más te vale darte prisa, entonces; ya es casi de día.

— Bueno, mañana también puede ser.

— ¿Y qué vas a hacer allá?

— No sé. Ahogarme en el lago, tal vez; a no ser que vayas tú a visitar a tu tío.

Los sentidos de Calixta daban vueltas; y estuvieron a punto de abandonarla cuando sintió los labios de Alcée rozarle el oído como el roce de una rosa.

— ¿Señor Alcée? ¿Es el señor Alcée? — preguntaba la voz pastosa de un negro; estaba de pie en el suelo, agarrado a los barrotes de la barandilla junto a la cual estaba sentada la pareja.

— ¿Qué quieres ahora? — gritó Alcée con impaciencia—. ¿No puedo tener un momento de paz?

— Le he estado buscando por todas partes, señor — respondió el hombre—. Hay alguien en el camino, bajo el moral, que quiere verle un momento.

— No saldría al camino ni a ver al arcángel Gabriel. Y como vuelvas aquí con más cuentos, te voy a retorcer el cuello.

El negro se alejó mascullando.

Alcée y Calixta se rieron suavemente del asunto. Todo el alboroto de ella había desaparecido. Hablaban quedo y se reían suavemente, como hacen los enamorados.

— ¡Alcée! ¡Alcée Laballière!

Esta vez no era la voz del negro; era una voz que recorrió el cuerpo de Alcée como una descarga eléctrica, poniéndole en pie.

Clarisse estaba allí de pie con su traje de montar, en el lugar donde había estado el negro. Por un instante reinó la confusión en los pensamientos de

Alcée, como en quien despierta de repente de un sueño. Pero tuvo la certeza de que algo de gravedad había llevado a su prima al baile en plena noche.

—¿Qué significa esto, Clarisse? —preguntó.

—Significa que ha pasado algo en casa. Tienes que venir.

—¿Le ha pasado algo a mamá? —preguntó, alarmado.

—No; *nénaine* está bien y dormida. Es otra cosa. No te quiero asustar. Pero tienes que venir. Ven conmigo, Alcée.

No hacía falta esa nota de súplica. Él habría seguido aquella voz adondequiera.

Ella había reconocido ya a la chica sentada en el banco.

—*Ah, c'est vous, Calixta? Comment ça va, mon enfant?*

—*Tcha va b'en; et vous, mam'z'elle?*

Alcée saltó por encima de la barandilla baja y se dispuso a seguir a Clarisse, sin decir una palabra, sin echar una sola mirada atrás a la chica. Se había olvidado de que la dejaba allí. Pero Clarisse le susurró algo, y él se volvió para decir «Buenas noches, Calixta» y tenderle la mano a través de la barandilla. Ella fingió no verla.

* * * * *

—¿Cómo es que estás aquí sola, Calixta? —Era Bobinôt, que la había encontrado allí. Los bailarines aún no habían salido. Ella tenía un aspecto fantasmal a la débil y grisácea luz que pugnaba por abrirse paso desde el este.

—Sí, soy yo. Ve al *parc aux petits* y pídele a la tía Olisse mi sombrero. Ella sabe dónde está. Quiero irme a casa.

—¿Cómo has venido?

—Vine a pie con los Cateaus. Pero me voy ahora. No voy a esperarlos. Estoy agotada.

—¿Puedo acompañarte, Calixta?

—Me da igual.

Fueron juntos por la pradera abierta y a lo largo del borde de los campos, tropezando en la incierta luz. Él le dijo que levantara el vestido, que se esta-

ba mojado y ensuciando; pues ella iba arrancando hierbas y plantas con las manos.

—Me da igual; de todas formas hay que lavarlo. Llevas tiempo diciéndome que quieres casarte conmigo, Bobinôt. Bueno, si todavía quieres, me da igual.

Un resplandor de alegría súbita y arrolladora brilló en el rostro moreno y tosco del joven acadiano. No podía hablar, de pura felicidad. Se le hacía un nudo en la garganta.

—Ah, bueno, si no quieres... —soltó Calixta con displicencia, fingiendo estar molesta por su silencio.

—*¡Bon Dieu!* Ya sabes que eso me vuelve loco, lo que estás diciendo. ¿Lo dices en serio, Calixta? ¿No vas a echarte atrás?

—Nunca te había dicho tanto como eso, Bobinôt. Lo digo en serio. *Tiens* —y le tendió la mano con la practicidad de un hombre que sella un trato con un apretón. Bobinôt, envalentonado por la felicidad, le pidió a Calixta que le besara. Ella volvió su cara, que estaba casi fea después de la noche de jolgorio, y le miró fijamente.

—No quiero besarte, Bobinôt —dijo, volviéndose de nuevo—, hoy no. Otro día. *¡Bonté divine!* ¿Es que no te basta con eso?

—Sí me basta, Calixta —dijo él.

* * * * *

Cabalgando por un trecho de bosque, la cincha de la silla de Clarisse se aflojó, y ella y Alcée desmontaron para ajustarla.

Por vigésima vez él le preguntó qué había pasado en casa.

—Pero, Clarisse, ¿qué es? ¿Una desgracia?

—*Ah, Dieu sait!* Solo algo que me ha pasado a mí.

—¡A ti!

—Te vi marcharte anoche, Alcée, con esas alforjas —dijo ella, con titubeos, intentando arreglar algo de la silla—, y obligué a Bruce a contármelo. Dijo que habías ido al baile, y que no volverías a casa en semanas. Pensé,

Alcée... quizás ibas a... a Assumption. Perdí la cabeza. Y entonces supe que si no volvías, ahora, esta noche, no podría soportarlo... otra vez.

Tenía la cara escondida en el brazo que apoyaba sobre la silla cuando dijo eso.

Él empezó a preguntarse si eso era amor. Pero ella tuvo que decírselo antes de que él lo creyera. Y cuando ella se lo dijo, le pareció que la faz del Universo había cambiado —igual que a Bobinôt—. ¿Había sido la semana pasada cuando el ciclón casi le había arruinado? El ciclón le parecía ahora una broma enorme. Hacía apenas una hora era él quien le besaba la orejita a la pequeña Calixta y le susurraba tonterías al oído. Calixta era ahora como un mito. La única y gran realidad del mundo era Clarisse, de pie ante él, diciéndole que le amaba.

A lo lejos oyeron una rápida salva de disparos de pistola; pero no les perturbó. Sabían que eran solo los músicos negros que habían salido al patio a disparar sus pistolas al aire, como es costumbre, y a anunciar *le bal est fini*.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB